

COMENTARIO LITERARIO

Subversión y tabú en “Los embriones del violeta” de Angélica Gorosdicher

DAÍNA CHAVIANO

Florida International University

A mediados de los años setenta, Beverly Friend cuestionaba el papel robotizante y supeditado del personaje femenino dentro de la ciencia ficción anglosajona. Pese a que ya se había iniciado el refrescante período de la Nueva Ola, tras la salida de la antología *Dangerous Visions* (1967) compilada por Harlan Ellison, la función de la figura femenina en textos posteriores no parecía continuar el ejemplo de aquellos relatos antologados que subvertían los valores y cánones más sagrados de la cultura. En la mayoría de los textos publicados después, el papel de la mujer no se diferenciaba mucho de aquel otro asignado por la Biblia como mero apéndice o desprendimiento de la costilla adánica.¹ Friend repasaba los diversos niveles de ese lugar subordinado que iban desde la mujer-como-robot individual, presente en el clásico relato “Helen O’Loy” (1938) de Lester del Rey, hasta el reemplazo de la esposa por un ama de casa perfecta, en *The Stepford Wives* (1972) de Ira Levin.

No obstante, ya había atisbos de diferencias. Y fueron las autoras quienes iniciarían el cambio. Ahí estaban, por ejemplo, *The Left Hand of*

Darkness (1969) de Ursula K. LeGuin, donde la hermafrodita población de un planeta mantiene una sociedad esencialmente más pacífica que la terrestre debido a esa “sutil” diferencia en el componente sexual, y *The Female Man* (1975) de Joanna Russ, una mirada a la vez irónica y furiosa a las relaciones de pareja.

En el contexto de la CF escrita en español la situación era —y sigue siendo— peor. Amén de que el género nunca tuvo el apoyo editorial que consiguieron los autores anglosajones, el machismo rampante de la región sigue proclamando la nulidad o invisibilidad casi absoluta de las féminas, y sólo unos pocos autores (la mayoría, mujeres) han establecido nuevas visiones del tema.

En su introducción a la primera antología de CF hispanoamericana publicada en Estados Unidos, Andrea Bell y Yolanda Molina-Gavilán reconocen que si bien “Spanish and Latin American SF has not escaped the genre’s heritage of flagrant sexism, [...] many women authors’ texts have had a corrective effect on this tradition, since they generally break away from masculinist models” (17). De este modo, como antes hicieran sus hermanas anglosajonas, las

1 Ver la página 117 en el texto de Yolanda Molina-Gavilán para más comentarios sobre esta idea.

autoras hispanoamericanas del género se han ocupado de saltar las barreras de la castidad y la obediencia establecidas por la tradición patriarcal judeocristiana.

En aquel otro universo paralelo, situado a miles de millas del anglosajón, la argentina Angélica Gorodischer —figura clave del género en Hispanoamérica— publicaría en 1973 “Los embriones del violeta”, como parte de su colección *Bajo las jubeas en flor*. Reproducido en incontables antologías, el relato fue y sigue siendo un texto emblemático de ruptura, no sólo en el ámbito de la CF, sino de toda la literatura hispanoamericana. La voz de la criatura femenina inexistente o minimizada en la cultura hispanoamericana encontraría un formidable adalid en éste y otros textos de Gorodischer.

Para hacer más visible esta exploración, la autora aísla a sus especímenes en un mundo apartado y de difícil acceso—especie de laboratorio donde ocurre la trama—siguiendo ese método típico del género, tomado de la ciencia. Toda la acción se desarrolla en Salari II, un planeta que gira alrededor de dos soles, al cual llega una nave de rescate en busca de los posibles náufragos de una expedición que había desaparecido sin dejar rastros. En los informes, Salari II ha quedado registrado como un mundo “de vida vegetal pobre, musgos, pastos, y a veces arbustos”, donde sólo corren “hilos de agua, intermitentes y estacionales”, poblada por una fauna en la que escasamente hay “insectos, pocos, y algunos vermiformes” (Gorodischer 127-128). Para asombro de los expedicionarios, el planeta donde acaban de aterrizar posee una “vegetación asombrosamente rica y variada” donde no faltan “caballos, bosques de robles y sicomoros, parcelas de tierra cultivada, girasoles y sendas” (Gorodischer 127). La sorpresa aumenta cuando aparece un jinete desconocido que los conduce al castillo del Señor de Vantedour, quien no es otro que el ex Comandante de la expedición perdida.

Los recién llegados les piden explicaciones

sobre los castillos medievales, los campos de girasoles, los caminos, los bufones y los banquetes opíparos que encuentran a su paso. Poco a poco, se enteran de que Salari II se ha transformado gracias a los deseos de los propios náufragos. Esas manchas de color violeta que hay por doquier son las responsables. Los primeros expedicionarios han logrado transformar aquel mundo y asegurar su supervivencia porque sus deseos se cumplen cuando se colocan dentro de una de esas manchas. El descubrimiento había ocurrido por casualidad. En medio de la desesperación provocada por la nave destrozada, las heridas y el hambre, uno de los náufragos había expresado en voz alta que “daría cualquier cosa por tener un cigarrillo” (Gorodischer 133). Se hallaba de pie, en medio de una de esas manchas, y eso fue suficiente para que su deseo se hiciera realidad.

La naturaleza de tales manchas nunca se explica. Son simplemente “manchas de luz violeta” que tienen “bordes imprecisos y parecen fluctuar, moverse” (Gorodischer 133). Los náufragos, claro está, tratan de entender cuál es la naturaleza del fenómeno:

Hicimos algunos experimentos al principio. Cavamos, por ejemplo, y el violeta seguía allí extendiéndose abajo pero no como una cualidad de la tierra sino como un reflejo. Solamente que si usted, parado allí, busca la fuente de ese reflejo, hacia arriba y hacia los costados, no encuentra nada. Permanecen, un poco fluctuantes siempre, también de noche, o sobre la nieve cuando nieva. No sabemos qué son ni qué tienen. Puedo suponer un par de cosas. Que dios terminó por disgregarse, por ejemplo, y que sus pedazos cayeron en Salari II [...]. Que esas cosas violeta están vivas y los dioses son ellas, no nosotros. (Gorodischer 138)

Hay una sola cosa, sin embargo, que los náufragos no han podido conseguir en su interacción con las manchas violetas:

— ¿Y los habitantes el castillo?
— También nacieron del violeta, claro [...]. Y le voy a decir algo más: son felices y sienten afecto por mí, afecto

to, no adoración, porque los concebí así. Envejecen, se enferman, se lastiman y si se caen, mueren. Pero están satisfechos y me quieren.

— ¿Las mujeres también?

El Señor de Vantedour se puso de pie sin decir nada.

— Entonces, ¿las mujeres no?

— No hay mujeres, Sessler. Debido a las condiciones, digamos tan particulares, bajo las cuales puede obtenerse algo del violeta, no nos ha sido posible a ninguno de nosotros obtener una mujer.

— Pero yo las he visto.

— No eran mujeres. (Gorodischer 139)

La confesión es hecha por el Señor de Vantedour a Leo Sessler, uno de los recién llegados que va a buscarlo para exigirle una explicación sobre los cambios en el planeta y que tiene una personalidad diferente al resto de la tripulación. Al parecer, toda la tripulación posee profesiones que se originan en una carrera militar, pero él no se identifica con las cualidades de lo que él llama “profesión abominable” (Gorodischer 129). Antes bien, parece tener la personalidad de un escritor o de un poeta porque constantemente piensa en escribir sus memorias o en recoger frases que se le ocurren. Un indicio más claro de su falta de identificación con el grupo ocurre cuando se disponen a descender por primera vez a Salari II. Todos llevan armas livianas, pero el único que admite sentirse “ridículo” con ellas es Leo Sessler, como si su condición de conquistador armado con aquel artefacto emblemático del género masculino—atributo macho en un mundo virgen—lo avergonzara (Gorodischer 126). Así, pues, no es raro que cuando el Señor de Vantedour le confiesa que aquellas mujeres no son tales, Sessler acepte sin aspavientos la revelación.

Sin embargo, la misma confianza produce una reacción intensamente adversa en los otros. La escena ocurre en un momento posterior, cuando el Señor de Vantedour admite que, en caso de que quisiera irse, no hay nadie a quien desearía llevarse porque ni siquiera hay mujeres allí. Cuando el Comandante no le cree,

Vantedour dice:

— Usted es tan amigo de la evidencia, Comandante. Puede llamarles y pedirles que se desnuden, ninguno se va a negar. La palabra correcta es efebos.

— Pero esas mujeres en la casa de Leval, ésas que jugaban a las cartas en el suelo, ¿tenían pechos!

— ¡Claro que tenían pechos! Les encanta tenerlos. Y nosotros podemos conseguirles hormonas y bisturíes y cirujanos que manejen los bisturíes. Y un cirujano puede hacer muchas cosas, sobre todo si es hábil. Lo que no podemos conseguir es una mujer.

— ¿Por qué no?

— Debido a aquellas condiciones especiales e indispensables bajo las cuales deben concebirse las cosas a crear. (Gorodischer 146)

Esta condición especial sólo será revelada al final, y únicamente a Sessler, el pacífico escritor que se limita a observar sin juzgar. Pero en el instante de la revelación, la doble moral del mundo “macho” estalla. Uno de los expedicionarios, Reidt, tiene un ataque de nervios: “¡No pueden! [...] ¡No pueden obligarme a estar al lado de esta basura! ¡Basura! ¡Basura! ¡Putos asquerosos! ¡Viciosos inmundos!” (Gorodischer 146). Este personaje que reacciona de manera tan abrupta, anteriormente se había comportado como una damisela ante las palabras amables del Comandante: “El joven se ruborizó: dejó caer un guante para poder agacharse y no tener que exhibir la cara ante los demás” (Gorodischer 125). Su vitriólica reacción podría tomarse como una manifestación de hipocresía social. A la vez, constituye una mofa hacia el cuerpo militar, porque este exagerado estallido de intolerancia proviene de un sujeto con amaneramientos de homosexual “encubierto” que forma parte de esa institución.

Gorodischer enfrenta a ambos grupos militares —dos caras de una misma institución tradicionalmente machista—, y los coloca en dos extremos, produciendo un juego de relaciones ambiguas. Por un lado, los expedicionarios que vienen al rescate muestran el conocido rostro del

militar tradicional, con sus prejuicios y su doble moral, listos para mostrar un rostro público y otro en la trastienda. Pero los náufragos, que pertenecen al mismo organismo, han decidido asumir un papel sexual que nunca ha sido bien visto en ningún ejército del mundo moderno. Para que no queden dudas sobre la naturaleza de las relaciones en el segundo grupo, el Señor de Vantedour se encarga de despejar equívocos:

— Eso cambia las cosas, definitivamente —despertó el Comandante.

— ¿Sí? ¿El hecho de que por lo menos cuatro de nosotros nos acostamos con muchachos cambia las cosas?

— Por supuesto. Ustedes son, o eran, pero me atrevo a decir que siguen siendo, oficiales de la Fuerza Espacial [...] Y yo no puedo cargar con la responsabilidad de desprestigiar el Cuerpo [...] llevando a la Tierra a cinco oficiales homosexuales. (Gorodischer 146)

El diálogo evidencia el carácter delictivo de este comportamiento que resulta, para los visitantes de la Tierra, una perversión intolerable. Como señala Molina-Gavilán en su análisis: “Con ello el lector ha de deducir que en la tal Fuerza Espacial el homosexualismo no existe o es considerado una aberración inconfesable que desprestigia no sólo al individuo sino también al grupo” (118).

Lo interesante es que, pese a la admisión de este comportamiento homosexual por parte de los náufragos, el texto de Gorodischer mantiene la idea de que existe un denominador común entre ambos grupos, que se encuentran a igual distancia del factor femenino. En otras palabras, el texto plantea una división insoslayable entre ambos sexos. La clave de esta diferencia entre lo femenino y lo masculino se encuentra, precisamente, en el secreto que permite crear a partir del violeta debido a que no basta desear algo para que esto se convierta en realidad. Hay que *sentir* como ese algo para lograr su materialización: “Nadie puede obtener nada del violeta si no se siente como lo que quiere obtener. ¿Se da cuenta? Por eso es imposible crear una mujer” (Gorodischer 153).

No es casual que el depositario de este secreto entre los expedicionarios sea Sessler, el escribano sereno y tolerante, de naturaleza más dulce que el resto, a quien el Señor de Vantedour le revela finalmente la clave para comprender los cambios en el planeta.

Hasta cierto punto, y gracias a la luz violeta, los náufragos han logrado copiar una cualidad intrínsecamente femenina: la creación. Por eso el mundo que han poblado tiene una “belleza maternal” (Gorodischer 128), como nota Sessler la primera vez que camina por Salari II. Pero si bien los hombres han intentado reproducir la capacidad reproductora o maternal de la mujer, no han podido llegar al fondo de la propia naturaleza femenina. Y al no conseguir identificarse con esas emociones, fracasan en el intento supremo y único del acto creador: engendrar a una criatura de naturaleza diferente...algo natural para cualquier mujer, pero imposible para estos hombres que, aunque han admitido dormir con otros, también continúan aferrados a moldes machistas.

Existe una clara referencia a esta actitud. Cuando los náufragos se reúnen para hablar con los expedicionarios, las damas son “excluidas de la reunión” (Gorodischer 131), pese a que estas “damas” no son tales. Así es que el patrón de conducta discriminatorio se mantiene, incluso ante criaturas que sólo tienen la apariencia del otro sexo.² Por eso, para estos hombres no hay redención ni liberación posible. La cualidad femenina sigue dormida en ellos, aunque su comportamiento erótico podría colocarlos a mitad de camino entre ambos sexos.

Curiosamente, el nombre de la nave que los trae al planeta es Luz Dormida Tres. Recuérdese que las manchas que permiten engendrar objetos y criaturas son descritas como entidades móviles que “parecen fluctuar, moverse, [y] están vivas tal vez” (Gorodischer 133). Esa luz procreadora y *viva* sugiere una naturaleza opuesta a aquella

2 Ver la página 115 en el texto de Yolanda Molina-Gavilán para más información sobre esta premisa.

“luz dormida” en la que los hombres habían llegado.

La subversión en el texto de Gorodischer no se detiene en la trama, sino que llega al orden gramatical. El género de los artículos y de los adjetivos participa de un juego irónico (Molina-Gavilán 113), capaz de descubrir la verdadera naturaleza de las criaturas a las que califican o acompañan: “Carita Dulce se había despertado y los Matronas le hablaban en arrullos, aflautando las voces, imitando balbuceos de niños” (Gorodischer 131). Estos Matronas, por supuestos, también son hombres, cuyo origen se debe a otro de los náufragos. Moritz, quien había renunciado al mundo adulto para vivir como un feto dentro de un huevo gigantesco, es acunado y mimado por sus madres artificiales. Cuando los expedicionarios piden verlo, tres mujeres gordas salen a recibirlos:

- Son los Matronas.
- ¿Los qué?
- Tampoco son mujeres, quiero decir. Moritz los llamaba matronas: son algunas de sus madres.
- ¿Y Moritz? ¿Dónde está Moritz?
- Moritz vive dentro de su madre, Comandante. (Gorodischer 149)

Este huevo gigante donde se refugia el ex astronauta cumple una doble función simbólica. En el contexto específico del relato, es el útero protector al que desea regresar Moritz. Pero llevado a un nivel simbólico general, el huevo-cuna es un sucedáneo de algo que los Matronas nunca podrán generar: el óvulo reproductor, la célula embrionaria que contiene la vida. Por eso cuidan del “hombre-feto”, valiéndose de un artefacto emblemático que encarna lo que ellos nunca podrían producir.

El juego de Gorodischer consiste en aceptar que podría existir una posibilidad de acercamiento hacia lo femenino por parte de la natu-

raleza masculina. Pero esa actitud nunca logra convertirse en aptitud, debido a los prejuicios machistas de los hombres. Para los náufragos, el papel de la mujer en Salari II sigue siendo el mismo que en su mundo de origen. Recuérdese que las “damas” —que sólo lo son por su apariencia— son excluidas de la reunión. Por lo tanto, al rechazar la igualdad de la mujer e intentar apartarla o excluirla como ser social, los náufragos castran sus propias posibilidades de creación. En otras palabras, ninguno de ellos puede generar una mujer, no por falta de deseo, sino por la incapacidad de sus emociones. Por ello están condenados a la esterilidad. Al continuar con los patrones exclusivistas del patriarcado, se encuentran privados de reproducir su propia “costilla” bíblica.³

Para la autora, semejante postura de exclusión e incompreensión coloca a ambos sexos en posiciones irreconciliablemente diferentes y toda la voluntad del universo no basta para producir un cruce de uno a otro lado. Ni siquiera unos hombres que tienen el poder de los dioses, por obra y gracia del violeta, son “capaces de crear una mujer” (Molina-Gavilán 117) por la simple razón de que no pueden sentir como una de ellas. Para Molina-Gavilán, “Gorodischer juega así con la división obsesiva que nuestro mundo mantiene entre el género masculino y el femenino, con la creencia popularmente aceptada de la imposibilidad de que los géneros se conozcan y se comprendan mutuamente” (117). Sin embargo, la mirada de la autora no se detiene ahí, sino que va más allá para plantear una tesis de integración sexual.

El universo en que se mueve el relato pertenece exclusivamente a los hombres. En él no aparece ningún personaje femenino. Y es precisamente este vacío lo que hace que la naturaleza femenina adquiera una importancia suprema. El corolario de su ausencia parece ser: sin la mujer, no existe verdadera creación; sin la mujer, no existe continuidad. Cuando la autora decide retirar de la escena a ese “androide” femenino,

3 Ver la página 119 en el texto de Yolanda Molina-Gavilán donde se elabora la idea de que el texto de Gorodischer “expone las limitaciones de una sociedad masculinista”.

cosificado y derogado por la tradición, deja para el hombre el fruto de esa anulación: una criatura masculina, atrofiada por su esterilidad emocional. En la esencia del relato subyace la voz irónica, tan propia de la autora, que parece burlarse de la prepotencia masculina con una advertencia: “¿Así es que nos quieren invisibles? Muy bien, seamos invisibles. Desaparezcamos. A ver ahora cómo se las arreglan sin nosotras.”

Al ser incapaces de adoptar las emociones o el sentir de una mujer, los hombres son condenados a contentarse con un sucedáneo incompleto de sí mismos. Y esta ausencia de lo femenino se convierte en una pesadilla. En el relato, los naufragos se ven entonces reducidos a la homosexualidad o a la autosatisfacción sadomasoquista como única vía de interrelación emocional. El personaje de Les-Van-Oos, por ejemplo, es una clara alegoría de esta disfunción sexual. Sus continuas visitas a los sótanos, donde es azotado hasta que consigue el orgasmo, es su medio cotidiano de satisfacción sexual (Gorodischer 131). Pareciera un castigo divino (¿Acaso Vantedour no compara las manchas violetas con Dios?) por su rechazo hacia lo femenino.

La otrora “androide” ha logrado su mejor venganza contra el papel invisible que le otorgaran los hombres. Al auto-anular su presencia, a través de la autora, ha anulado también la capacidad reproductora y reproductiva del hombre, con lo cual la Creación bíblica—en lo referente a la fundación de un mundo—pasa a manos de la mujer o, al menos, queda sin posibilidades de éxito frente a su ausencia.

Para Gorodischer, la creación queda incompleta sin la participación de ambos sexos. Y un mundo no tiene posibilidades de subsistir y desarrollarse a plenitud sin la intervención de las dos sensibilidades. Por eso los seres surgidos del violeta, conjurados por las emociones incompletas de los hombres, siempre serán embriones, no por su aspecto o su apariencia, sino por la ambigüedad de su desarrollo. Tales engendros jamás llegarán a su plenitud porque les falta el otro elemento clave de la creación: la naturaleza femenina.

Obras citadas

- Bell L., Andrea, y Yolanda Molina-Gavilán, eds. *Cosmos Latinos: An Anthology of Science Fiction from Latin America and Spain*. Middletown: Wesleyan UP, 2003.
- Ellison, Harlan, ed. *Dangerous Visions*. New York: Berkley, 1983.
- Friend, Beverly. “Virgin territories: The Bonds and Boundaries of Women in Science Fiction”. *Many futures, many worlds*. Ed. Thomas D. Clareson. Kent: Kent State UP, 1977. 140-63.
- Gorodischer, Angélica. “Los embriones del violeta”. *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*. Ed. Bernard Goorden y A. E. Van Vogt. Barcelona: Martínez Roca, 1982. 122-56.
- LeGuin, Ursula. K. *The Left Hand of Darkness*. New York: Ace, 1969.
- Levin, Ira. *The Stepford Wives*. New York: Harper, 2002.
- Del Rey, Lester. “Helen O’Loy”. *Joyas de la ciencia ficción*. Ed. Daína Chaviano. La Habana: Gente Nueva, 1989. 13-27.
- Molina-Gavilán, Yolanda. “Una realidad alternativa: Construcciones genéricas en “Los embriones del violeta” de Angélica Gorodischer”. *Ciencia Ficción: una mitología moderna ante el cambio*. Lewiston: Edwin Mellen, 2002. 111-123.
- Russ, Joanna. *The Female Man*. Boston: Beacon Press, 2000



ESPAÑA
ACCIÓN
CULTURAL
EXTERIOR

